

# EL MUNDO CATOLICO

LA RELIGION DEL ESTADO, ES LA CATOLICA, APOSTOLICA ROMANA  
[Cap. III, Art. 5 de la Constitución.]

OFICINA  
Calle de Ituzáingo Núm. 211

EDITOR RESPONSABLE, J. M. ROSETE.

SUSCRIPCION MENSUAL  
Un Peso Moneda Nacional.

## VARIEDADES

### Roma

Ahora que por todas partes y con motivo de las magníficas fiestas que en la Ciudad Eterna se preparan, el nombre de ROMA circula de boca en boca, llama la atención y preocupa todos los espíritus: evocamos nuestros recuerdos para contar, a nuestros lectores, no como filósofos, y menos como políticos, lo que hemos visto en Roma, la ciudad de las colinas, de los Papas y de los recuerdos.

El viajero que se acerca a Roma por la vía Flaminia, pasa el Tíber por el puente Milvio, situado a dos millas de la ciudad. Este paisaje para el católico está lleno de recuerdos profundos, amargos por una parte y llenos de dulce consuelo por la otra.

Es el fiel testigo de los peligros que en su vida arrojó el cristianismo, y del triunfo que según las promesas del Salvador corona siempre a los trabajos de la persiguida Iglesia.

Aquí, Magencio, que representaba al pagánismo moribundo, presenta batalla con el arroyo y desesperación del tigre mortalmente herido, y acomete con espantoso furor a Cristo santo, que representaba a miles de cristianos, moradores de las catacumbas, y que a su lado y en su favor peleaban en los campamentos.

El puente Milvio, que recuerda el primer triunfo de los cristianos, la gran victoria de Constantino, y el principio de su conversión, fue restaurado y embellecido en 1805, cuando los romanos, con indecible entusiasmo, abrieron las puertas de Roma al desgraciado Pío VII, tan oprimido.

En estas circunstancias fue perforada la torre de Milvio, para que sirviese de arco de triunfo, y aquellos campos que presenciaron la derrota de Magencio presenciaron también el triunfo del Santo Pontífice.

Los más notables monumentos que se observan en este punto son: un gran número de recuerdos son dos magníficas estatuas: una de la Santísima Virgen en el Calvario, ante el cadáver de su propio hijo y otra de San Juan María de la Cruz, que murió martirizado por el tirano, Veneciano, por no inclinarse con una calumnia a la limpia reputación de una reina llena de virtudes.

El viajero que deja a sus espaldas este monumento de gloria y de consuelo, entra en Roma por la puerta del Pueblo, y se encuentra con la plaza de ese mismo nombre y viniendo a la vista el sublime templo de Santa María del Pueblo, o sea de la Madre de Dios, y Madre del pueblo. Así es como la ciudad de la FE es al mismo tiempo la cuna de la LIBERTAD. Sin el cristianismo, el pueblo nunca es libre, y sus hijos siempre oprimidos por los poderosos con las cadenas de la esclavitud.

Al entrar en Roma, lo primero que observa todo hombre pensador, es una puerta por donde penetra en ella el pueblo, una

grandiosa plaza para que en ella se congregue el pueblo, un templo, en fin, en el cual es venerada Santa María del Pueblo. Roma, que no tiene puertas para los reyes, tiene puerta, plaza y templo en su misma entrada para los pueblos. Y es que en los siglos medios los pueblos eran esclavos, y los gobernantes, en su inmensa mayoría, opresores o tiranos. Por esto Roma, que siempre se colocó del lado del débil, amparó al pueblo débil en los pasados siglos.

Los monarcas perseguían entonces a los Papas, porque estos defendían a los pueblos oprimidos.

Hoy los pueblos calumnian y persiguen también a los Papas, porque defienden a los gobernantes o monarcas oprimidos. No es el sucesor de San Pedro quien cambia, son los hombres y los tiempos. Antes los oprimidos eran los pueblos, y los Papas los defendían y consuelan. Roma está siempre contra el opresor y en favor del oprimido. La perspectiva interior de la puerta del Pueblo fue enriquecida por Pío IV, con cuatro columnas, entre ellas dos de gran mérito. En el "intercolumnio" se observan las estatuas de San Pedro, enemigo de Nerón, el tirano, y San Pablo, apóstol, en cargados de llevar con la luz del Evangelio, la civilización por todo el universo. No hay casa en Roma que no sea popular y verdadera mente popular.

Colocado ya el viajero en la plaza del Pueblo, queda profundamente conmovido. La amplitud, la armonía, la belleza, la admirable decoración, que se observan en ella, ensanchan su corazón angustiado con la esterilidad de las campañas que acaba de recorrer, y llevan al alma recuerdos de antiguos y modernos tiempos, en los cuales Roma tuvo, conserva todavía y nunca perderá... una grandeza misteriosa, una cosa que se concibe y no se explica, y que inspira la idea de que Roma no es de Italia, sino del mundo.

Lo que acontece no se observa en ninguna parte. Contemplar una gran plaza de Londres y sin saber cómo, la forma de los edificios, el aspecto del cielo, el movimiento de las gentes, la actitud positivista de todo lo que ante nuestros ojos desfilaba, el aire que se respira, revelan que os halláis en una ciudad mercantil; que aquel coloso que en Londres solo es, solo puede ser una inmensa Casa de Bolsa. Que allí no tiene asiento la filosofía, que aquel pueblo no es poeta, que las bellas artes han muerto; que allí en fin habrá mucho que quejarse y mucho que llorar, pero, por lo que no dice nada, que levanta el espíritu e infunde desprecio a la materia. Londres, las plazas de Londres no arrancan entusiasmo al corazón, no llevan inspiración a la mente ni ponen la elocuencia en los labios.

Paris es la capital de la fuerza, como Londres es la capital del oro; ni una ni otra es, ni puede ser la gran capital del linaje humano humano: no es así Roma. Su primera plaza nos afecta por su nombre, nos encanta por la belleza de todas sus partes;

—Habla, habla!

—Pues bien, escucha pobre niña; yo amaba mucho a un hombre antes de casarme con tu padre; le amaba como tu ama a tu marido... ese hombre se casó con tu abuela por que era rica.

—¿Cómo era Santoval?

—Sí era él... verdad es que ya estaba ya casado con el conde, y que todo lo que había roto entre los dos por la voluntad de mi madre... pero él debía haber sido constante y fiel a su amor y no haberlo vendido... poco a poco he conocido lo que ese hombre valía, y he temblado por ti, al saber que él había hecho tu casa... miento...!

—Si yo me he casado a mi gusto yo amo a Eduardo!

—Lo sé. Tu corazón ha respondido a sus deseos... el conde debe serle enteramente ajeno... debe ser del todo suyo... te amo por tu marido... teme por él, y vela por él, Valeria... Santoval está dominado completamente por la codicia, y ha engañado a tu abuela de un modo infame... bajo la capa de una adoración profunda, la roba, la despoja de todo, y él vive en el seno de los desórdenes... cuida de tu abuela y de tu marido...!

La voz de la condesa espiró aquí, su cabeza se dobló sobre las almohadas, livida, inerte, con el esfuerzo que había hecho para hablar; y yo posada de terror, empecé a pedir socorro a gran los gritos, acudiendo al instante Felicia y mi padre.

A beneficio de un cordial, abrió los ojos de nuevo, pidió que volviésemos el sacerdote y que le dejásemos sola con él.

Todos salimos de la habitación y a mí me llevó Felicia a su cuarto.

Yo estaba anonadada; pero era tal el respeto que me infundían las revelaciones hechas por aquella mujer, que se moría, que cada día a mi aya, y permanecí meditando y sombría.

levanta en fin nuestro espíritu, lo traslada a tiempos antiguos, le recuerda glorias pasadas, le inspira fe y profunda confianza en lo porvenir.

Roma es la ciudad escogida por Dios para ser la capital religiosa del mundo.

Colocándose el observador en el centro de la plaza del Pueblo, ve a su izquierda los magníficos jardines que, cual riquísimas alfombras verdes salpicadas con tan deliciosas arboladuras, con todos los colores de la naturaleza, se extienden por las faldas del monte Pincio, alfombras de árboles y flores que con su verdor avivan la esperanza, y con sus aromas enfloran la caridad, que son grandes, porque en Roma, por disposición de Dios, es grande, es maravilloso todo lo que es poético, todo lo que es artístico, todo lo que, haciendo olvidar los groseros placeres de la tierra, nos eleva a las nobles delicias del espíritu.

A su derecha se descubre un cuartel, pero es pequeño, es débil, no es resistente y su aspecto no infunde pavor. Mas bien que un fuerte para amenazar a los pueblos, parece un lugar de protección para los débiles, validos que se vean atormentados por la ambición o perfidia de malignos gentes. El cuartel de la policía no parece cuartel, porque en Roma, ciudad del arte y de la paz, la ciencia de las armas no hace progresos. No; en Roma no levantan fortalezas, ni se hacen grandes ni temibles casas de armas. Para esto no sirve la arquitectura pontificia.

Bajo el punto de vista militar, Roma no significa nada. Así como en otro tiempo dominó el mundo con el terror que en todas partes sembraban sus legiones, hoy deja sentir su dulce influjo en los espíritus, con la elocuencia, la santidad y la estupenda abnegación de sus misioneros. No conquista en nombre de César, que destruye; vence, mejor dicho, convence, convierte el corazón, en nombre de Jesús, que desde lo alto del Gólgota, al través de la herida que le abriera el costado, muestra su corazón despalizado a todo el mundo. Itamases, hijo de Sestrís, antiguo rey de Egipto, levantó en Eliópolis, en la ciudad del sol, un soberbio obelisco. Augusto lo trajo a Roma, y dedicándolo al sol lo puso en el circo Máximo.

Sin Pío V. en 1580, arrancándolo del lugar en que las fieras devoraban a los débiles y oprimidos, lo colocó en la plaza del Pueblo. Este obelisco es de granito colorado, está lleno de geroglíficos, y tiene, contando el pedestal, 145 palmos de alto y 37 de ancho; este inmenso mole de granito puesta por los Papas en aquel lugar como un monumento dedicado al pueblo, es y será eternamente prenda de alianza entre el Padre Santo, protector nato de la civilización y los pueblos que a la civilización quieren encaminarse.

Aquel obelisco en Eliópolis, significaba que los egipcios doblegaban su frente ante el terror del fuego.

En el circo Máximo, indicaba que los hombres debían ceder al terror de las ar-

El día acabó de pasarse entre la ansiedad con que al estado de la condesa, que podía aspirar de un instante a otro, y a la que apenas parecía quedar ya un resto de vida.

Sin embargo, pasó la noche con bastante sosiego.

Mi padre se retiró a su habitación, y salió a las diez de casa con gran sorpresa mía; yo no concebía cómo podía aljarse de su mujer, hallándose esta cerca de la muerte.

Volví a las doce, y después de preguntarle por el estado de la enferma entré en su habitación en la que la oí pasarse toda la noche.

Magdalena descansó algunos ratos, y el médico, que vino al amanecer, nos dijo que el peligro mortal subsistía, pero que tal vez viviría algunas horas más de lo que él había creído porque parecía mas tranquila de lo que era de esperar.

Querida Valeria, me dijo mi aya: váyase V. a descansar un rato en el gabinete que le destiné de mi alcoba; no la dormirá un instante en toda la noche y debe estar rendida; allí he hecho disponer un lecho para que repose un poco y después tomará algún alimento.

Seguí a Felicia, que me llevó en el coche al gabinete que me había dicho, y en el que había dispuesto mi blanco lecho de soltera.

Me dormí y me hizo acostar con la sencillez de una verdadera madre, dándome después una bebida caliente para disipar, en lo posible, el estado nervioso de una noche de insomnio y de fatiga.

Luego me he oternamente en la frente y salí asegurándome que a la mas pequeña novedad me llamaría.

Así que me vi sola, me puse a examinar la habitación, y la calma volvió a mi ánimo solo con su vista.

mis. En la plaza del Pueblo, a todo el mundo, que la paz y la caridad, son hijas legítimas de la justicia, son el lema y el escudo de las armas pontificias.

Desde el centro mismo de la plaza, veis tres calles que, como tres líneas convergentes, parecen el tributo que toda Roma rinde a la plaza del Pueblo.

La primera, la de la derecha, llamada "Vía Ripetta", se extiende a lo largo del Tíber hasta llegar a la plaza de San Luis, rey de los franceses. La segunda que comienza en el centro y se prolonga en línea recta y atraviesa toda la ciudad, es la mas notable calle de Roma, es el Corso que concluye en la faldia misma del Capitolio.

La tercera a la izquierda, pasa por la plaza de España y se extiende hasta "Monte Cevallo".

La iglesia de Santa María del Pueblo estaba levantada sobre el sepulcro mismo de Nerón. Las cruces del tirano enemigo de los pueblos han quedado para siempre sepultadas bajo las bóvedas del templo dedicado a la protección de los pueblos.

Este templo, erigido por Pascual II en el año de gracia de 1099, fue restaurado y dedicado a Santa María del Pueblo en 1227, es decir, en los tiempos de opresión y de barbarie, en una época de espantoso terror, en la cual los pueblos, sin filósofos que demostrasen sus derechos, sin tribuna que ante el mundo denunciase sus quejas, sin prensa libre ni en la vía que afrontase a los malvados con la pública manifestación de sus injusticias, sin mas apoyo que el de Dios, sin mas consuelo que el de la iglesia, y sin mas protección que la omnipotencia de la Madre de Jesús, ante la cual, y para conseguirlo, se dirigían los infortunados pueblos, con incesantes y fervorosas plegarias.

El templo que describimos tiene la forma de una cruz latina. El altar mayor se haya enriquecido con cuatro bellísimas columnas de mármol de color morado. La imagen que se venía en altar fue pintada, según una antiquísima tradición, por el mismo apóstol San Lucas.

La cúpula es una bellísima y debida en su excelente decoración al pincel del célebre Pinturichio.

En el interior del coro y de las magníficas sepulcros se hallan depositadas las cenizas de los cardenales Ascanio Maria Flora y Gerónimo Basso.

Todas las catorce capillas que rodean el templo están cubiertas de cuadros que por su mérito artístico son la admiración del viajero entusiasta por las bellas artes.

Entre todos, nos parecen mas notables el San Gerónimo, del Pinturichio; la Concepción de María; el San Lorenzo, de Miramón; el Daniel, de Bernini, y toda la serie de capillas de la izquierda que pertenecen a la noble familia Chigi, decorada por la diestra mano de Rafael.

No debemos ocultar la impresión que produjo en nuestro ánimo, la atenta observación de las maravillas de esta delirante

Era donde Felicia acostumbraba a hacer sus oraciones de mañana y noche, y todo respiraba allí el dulce perfume que aquella mujer angelical derramaba en derredor suyo.

En frente de mi lecho había un altar coronado por una imagen de Virgen de Dolores, de talla; el paño blanco del altar, bordado primorosamente por la mano de Felicia; dos ramos de flores, frescas, colorados en jirritos de cristal; dos candeleros que sostenían bugias blancas con arandelas de flores, todo esto daba a aquel cuartito un aspecto de inocencia, de candidez de decoro, de alegría que, preciso es decir, se adoptaba mucho mejor a mi carácter que la suntuosidad y la magnificencia.

Renovóse allí la dulce impresión de la capilla: descendió a mi alma, dolorida al contacto de las tristes ideas de la condesa el bálsamo de la esperanza, y de mis labios volvió a brotar fervorosa y pura la oración.

Ya he dicho que mi carácter era tan débil e indefinido, como lo es casi siempre el de una niña de mi edad; en cambio, mis impresiones eran demasiado fuertes, y me daba llevar de ella con una facilidad extrema, pasando casi de repente de un agudo dolor a una alegría extraordinaria.

Veía las cosas de la vida ó de color de rosa, ó negras completamente.

A mi pobre y debilitada inteligencia le desde la credulidad absoluta de mi abuela, al amargo escepticismo de mi madre, que solo creía en un supremo bien: en el cielo.

Apelladas las mujeres, la una siharita de todos los placeres de la vida, la otra martir de todos los dolores, habían dispuesto de mi inteligencia y de mi pensamiento, y he aquí me fluctuaba en un mar de ideas exageradas y confusas, contradictorias las unas

iglesia. Las capillas pertenecen la mayor parte a nobilísimas familias de la mas elevada aristocracia romana, y a pesar de esto, en todas las pinturas que llenan las tres naves, en la misma cúpula decorada por Pinturichio y en todo el templo, no encontramos un solo cuadro que representara un santo papa, ni rey, ni aristócrata siquiera.

Pero si encontramos magníficamente pintado el pesebre de Belén en donde nació el Salvador del mundo, y ante el cual se postran los grandes príncipes de la tierra.

Encontramos a un Daniel que venió a un tirano, que libró de la cautividad a su pueblo, y que anunció la redención del mundo marcando con asombrosa precisión la fecha a todos los pueblos.

Encontramos, en fin, a San Lorenzo, mártir cano español, que se dejó arrancar la vida abrasado por las llamas antes que ceder a un emperador lleno de riquezas, las bienes de la iglesia que pertenecen a sus pobres y desgraciados hijos.

En la iglesia de Santa María del Pueblo, todo es, y todo debía ser popular.

IV. La calle del Corso, que según la mas ad vertido nace en esta hermosa plaza del Pueblo, es la primera, la mas célebre y la mas convida de todas las calles de Roma.

Su entrada está embellecida por dos iglesias de igual arquitectura, que se apartan, digámoslo así, para abrir el paso hasta el Capitolio, antigua fortaleza de los emperadores, partiendo desde la plaza del Pueblo, punto de unión y de esperanza para todas las gentes de las cuales debía formarse el pueblo cristiano.

Estos dos templos forman ó decoran la fachada del Corso. El de la derecha está dedicado a Santa María del Monte Santo, y el de la izquierda a Nuestra Señora de los Milagros.

Esta última fue comenzada por el Papa Alejandro VII y concluida por el cardenal Castelli bajo la dirección del célebre Fontana.

El interior del templo es de forma circular y son dignas de especialísima consideración las cuatro estatuas de Lucenti y Maggi, que, representando la "Fé", la "Caridad", la "Esperanza" y la "Paciencia", adornan los sagrados depósitos que rodean el altar mayor.

El templo de Santa María del Monte Santo, igual en formas arquitectónicas al anterior, es también debida casi en su totalidad a la padrosa mano del cardenal Castelli.

Las capillas de uno y otro templo están adornadas con preciosos cuadros, ricos mármoles y bellas artes de mucho mérito.

En el altar particular de este último y en la sacristía llaman la atención algunos pinturas al fresco de gran significación debidas a pinceles muy estimados y conocidos.

En esta importante estación de la Corso y las calles que la atraviesan, se encuentran cosas tan notables que su descripción ocuparía muchos capítulos.

A las otras, y que hubieran tal vez alterado mi juicio a no hallar en mi camino la inteligencia recta y el exacto raciocinio de mi aya.

Venció en aquella ocasión la impresión dulce y consoladora, y empecé a preguntarme por qué temía, y por qué creía lo que había dicho Magdalena, cuya razón se hallaba ya alterada, tal vez por la agitación.

Aquel gabinete estaba lindado con una sala intermedia entre la habitación de mi padre y una antecámara en la que había entrado, por estar de solera como otras muchas de la casa; se le llamaba la sala verde, y servía como de habitación de recepción para Felicia cuando algunos de las escasas personas de su conocimiento llegaba a visitarla.

Una ventanita, abierta cerca del techo y cubierta con una celosía, comunicaba un bien del gabinete, donde yo estaba, a aquella sala.

De repente, y cuando yo me hallaba entregada a los dulces pensamientos de que antes hablé, oí abrir la puerta de la sala verde, y el roce de un largo traje de seda que se arrastraba por el suelo.

## VI

### GRACIA.

Al pronto creí que sería Felicia que se entraría allí para reposar, leer ó escribir algunas cartas; pero bien pronto conocí que me equivocaba: la persona que había entrado, y que era evidentemente para marchar, empezó a pasear con agitación y a dejar escapar sonoras exclamaciones con voz ahogada, pero en la que reconocí un acento extraño, y una puerilidad al de mi aya.

Por fin, se abrió una puerta, y la voz de mi padre esclamó con el acento de la sorpresa.

## 31 FOLLETIN.

## SUEÑOS Y REALIDADES.

### MEMORIAS DE UNA MADRE PARA SU HIJA.

POR

Maria del Pilar Sinués de Marco

moraban en él; y muchas mujeres me enviaban desgraciadas! no sabían lo que se ocultaba detrás de mi vilal cuanto penal cuanto amargura, cuanto desaliento!

Hay otra cosa aun de lo que quiero hablarle, querida Valeria, prosiguió mi madre tras una pausa, de tu aya; hasta ahora has sido mi amiga y nada le ha faltado; hoy, que le falta yo, no la desampararé: te quiero como a una hija; desdichada tú como a una madre, aunque sin seguir de masiado esas suaves doctrinas que son las suyas y que nacen de la perfecta tranquilidad de su alma, en la cual jamás se ha albergado la impiedad... ahí es que sin darte no has sido jamás verdaderamente desgraciada, ella te dirá que la felicidad existe... pero no lo creas porque la buscarás en vano: ya has empezado a sufrir con tu marido, pobre niña, y aun no cuentas los meses de casada... calcula lo que te espera en el porvenir...

—Dios mío esclamé; qué quieres decir, Magdalena! sabes algo que?...!

—Si, mucho, oíola condesa, y no se si me atreva... porque no solo diré la verdad, y Dios me pediría cuenta si no te advertía...!



En Roma todo es grande, simbólico, histórico. Iglesias, palacios, museos, plazas, columnas, arcos de triunfo, coliseos, fuentes, bibliotecas, recordatorios... El pueblo romano es un pueblo entusiasta por el romano Pontífice. Ellos lo adoran y rezoan para recibir su paternal bendición, lloran cuando lo ven peregrinando, dan entrada en su pecho al júbilo cuando las tempestades se calman, conservan el retrato de San Pedro en la casa de su casa, pronuncian con horror el nombre de la herejía, que significa revolución, y son muy contados los que diarriamente dejan de enviar sus plegarias al cielo, pidiendo al Señor paz y fortaleza, salud y tranquilidad para el continuado gozo de la universal Iglesia.

Los romanos, aun prescindiendo de su fe ardiente, que recomiendan los mismos augurios a un arlo-organismo a sus pontífices, por la gloria de poseer la capital del mundo, por el sagrado orgullo de tener en su seno a los papas, ante el cual se postulan los doscientos millones de católicos que habitan la cristianidad, se sienten orgullosos de ser una ciudad tan grande por sus recuerdos, como por la devoción que inspira, en la cual se hablan todas las lenguas, se encuentran todos los tipos de las razas, y se ven a los ojos de los católicos, y de los no católicos, el centro de la civilización, la luz y de amor que ilumina, pacifica y civiliza el mundo.

González Picado y Llanos.

## EL MUNDO CATOLICO

MONTEVIDEO JULIO 19.

### Los derechos de los frailes.

III.

La libertad religiosa es una de esas libertades del alma, a que el hombre del siglo XIX se apega con mas ahinco; y el ciudadano de una república donde existe la de cultos, ha sacudido todos los yugos que a ese respecto imponía el despotismo español a los habitantes de las colonias.

El día que la libertad de conciencia de un súbito inglés fué comprendida en las cláusulas de un pacto internacional, cayó por tierra todo el viejo edificio de la legislación española en materia eclesiástica. Ese día se hizo imposible que el ciudadano argentino fuera menos libre en su conciencia y en las prácticas y manifestaciones de ella, que el extranjero. Las leyes de Indias, las regalías de la corona, los derechos de patronato, los recursos de fuerza, todas esas sin parables sin sentido y sin valor, donde los hombres de todas las creencias son libres.

Loes aquí el israelita, lo mismo que el protestante y el mahometano. El católico, miembro de la religión del pueblo argentino, tiene incontestable derecho a no soportar la tutela despotica, que ningún otro habitante del país sufre.

La intervención del poder civil en el dominio de la iglesia era una de las formas de la dictadura de los reyes españoles. Hoy no es nuestro año ya ni don Felipe 2º, ni Fernando VII: cada culto se gobierna a sí mismo, cada ciudadano responde a Dios solo de la creencia de su alma. Tal es el derecho moderno que ha reemplazado el régimen colonial en lo tocante a la religión.

Pero este principio de la libertad de conciencia es necesario aceptarlo en toda su latitud. Todos los habitantes de la república son iguales ante esa ley. El religioso, la hermana de la caridad, no deben a nadie cuenta de los votos de su alma. Libres de asociarse, de enseñar, de practicar la caridad, no hay juez alguno para sus actos, mientras estos actos no sean criminales en todos y castigados como tales por la justicia, que no reconoce ciudadanos privilegiados, ni parias.

Así un gobernador no está autorizado para contar el número de los miembros de una comunidad, para averiguar si trabajan o no, si rezan o duermen la siesta. Los vicios no son criminales a los ojos de ninguna ley del país; y no se castigan, cuando en verdad, existieran por disposiciones gubernativas ni legislativas con la pena de confiscación, ni con ninguna otra.

El fraile es tan soberano en su celda, como el señor Oroño en su casa, como el presidente de la república en la suya, como el gaucho en el rancho. De manera, pues, que una congregación religiosa está amparada por los principios todos que constituyen la

esencia del sistema republicano y democrático.

Todos somos iguales ante la ley. Y es menester que nos habituemos al fin a respetarla; no solo cuando nos protege, sino cuando garante los derechos de los demás. Es realmente repugnante y odioso, que cuando la autoridad no penetra en las sociedades secretas, donde están reunidos esos frailes de fraque, que don Manuel Quintana no reputaba los mas útiles al adelanto de un pueblo libre; cuando se cuentan en la capital por manzanas ciertas casas, se nos venga a decir que está autorizado el poder público para inspeccionar los conventos, y mas aun que para eso, para expulsar una comunidad y confiscar sus propiedades.

Esa ley, que recuerda del año 1822 es absurda en toda república, donde el derecho de asociación está consignado en la constitución que la rije. Y aunque no estuviera escrito, desde que la república es una verdad, tal derecho es incontestable e inescapable. Esa no es ley; cien artículos de la constitución la han abolido. Así dice Story con razón: "el derecho de libre asociación no necesita ser expresado en términos formales en una república, puesto que el resultado de la naturaleza misma de ese gobierno y de sus instituciones."

Es preciso estar deslumbrado por la virtud de Garibaldi, y haber estudiado el derecho público en sus programas, para pretender en pleno siglo XIX, que el derecho de asociación religiosa empieza en el número 16 y termina en el 30.—Ni mas, ni menos. Un fraile que el cólera se lleva acabaría con una congregación católica; una hermana de caridad mas de las 20, las condena a todas al destierro!

Y sois vosotros cuya vista no está oscurecida por el humo del incienso, los que venis a enseñarnos tal doctrina? Tened el valor de aplicar en Buenos Aires esa ley portañesa, no nacional. Yo os detengo a los frailes dominicos y franciscanos, que no están en número en esta capital; les falta el *quorum* de la ley de 1822; id a desterrarlos para fundar en los conventos que habitan, dos escuelas modestas de agricultura.

Aconsejé entretanto a nuestro cliente, que espere a que una bala paragnaya se lleve a ese capellan del convento de San Lorenzo, mercedero ayer de los elogios de los gefes, que le vieron arrostrar todo peligro para acudir a recoger el último suspiro de nuestros soldados muribundos. Entonces aquellos frailes serian 16; estarían en número todavía, pero un día de paciencia, y cuando queden solo 15 el proyecto de ley podrá pasar.

Si la ley del año 1822 era el único argumento en que podía fundarse el proyecto de aquel señor gobernador, es evidentemente que ha sido prematuro, concediendo a esa ley, fuera de la provincia de Buenos Aires, el valor que en ella misma le negamos.

Y si tanto urge fundar una granja de agricultura, ¿porqué no se pide a uno de esos señores santafecinos tan celosos por fomentar el progreso material del país, poseedores de trescientas leguas de terreno, que cedan un pedazo para ese objeto?

Se agrega a la ley de Rivadavia el argumento de que aquellos religiosos son inútiles, ¡inútiles! Dejemos en paz a los masones la luz del periodismo, y no era profundo el pensador. Si, el catolicismo que cuenta mas de diez y ocho siglos de existencia durará siempre; y solo a la luz de esas aras luminosas que alumbran desde el cielo los pasos de la humanidad en este mundo, se marcha en las vías del progreso. El movimiento de las sociedades hacia la virtud y la verdad, no implica la necesidad de cambios incesantes y de evoluciones infinitas. Progresar, es perseverar en la acción; y no se persevera cuando se muda de guía y de rumbo a cada instante; no persevera, sino el que cree. El dogma es por consiguiente la mejor anclora para el progreso del individuo, como de la sociedad civilizada. Los que alimentan su alma con la luz pública y variable del periodismo, que amaneece reflejando los caprichos del escritor y a menuda con desden por su vida licenciosa y sus locos apetitos: esa raza no es la

progreso a toda costa será siempre problemática la utilidad de los manuales, y los cojos, y el derecho de conservar al abrigo de toda usurpación una propiedad creada por la caridad individual o colectiva.

¡Inútiles! un recuerdo nos viene a la memoria. Nuestros adversarios, al verlos pasar por nuestras calles, habrían exclamado: ¿para qué sirven esos hombres a la sociedad? en el caso en que Rosas y Cuitiño hubieran sido franciscanos.

¿Sabéis vosotros cuántas pasiones se doman en las austeridades del claustro, cuantas penas se consuelan, cuantas ciencias se iluminan y perfeccionan, bajo el influjo de una vida consagrada a la oración y el sacrificio de todo lo que el hombre ama mas en este mundo?

¿Flugera al cielo que fueran solo los inútiles los enemigos del reposo y del mejoramiento de la patria? Una revolución que nunca acaba, a la que Rivadavia mismo aspiraba a poner término, enjendra los *matados* en tal número, que a ellos es a los que nos cumple hacer la guerra con firmeza.

Estamos ciegos si no vemos el cinismo insolente con que la impunidad se pasea a menudo en nuestras calles. No son las *manos muertas* de la iglesia las que están destruyendo las entrañas de la patria; son las manos demasiado vivas por desgracia, que matan muchas veces, que están en mayor número tendidas para apoderarse de lo ajeno.

Y cuando la corrupción ha tomado las proporciones que le conocemos, los que no usamos fuera de la iglesia el incensario, sabemos que no son los frailes los que están demás entre nosotros, son los frailes por el contrario los que nos faltan para enseñar en nombre del cielo y para provecho de esta tierra, los mandamientos de Dios a la jeneración que se levanta.

Después que esas hermanas inseparables, llamadas la impiedad y la anarquía arrojaron a la Francia que tanto rió en los tiempos de Voltaire, a los pies de Marat y de Saint Just; y a nosotros mas tarde a los de Rosas, los franceses y los argentinos han llorado bastante. No volvamos a la risa, si no queremos volver a las lágrimas y es tiempo ya, sobre todo cuando los años han cambiado el color del caballo, que cubre nuestra frente, de olvidar la risa y de aprender el respeto!

El respeto a Dios y a los ministros del altar, el respeto de la conciencia y de la paz de todo hogar; el respeto de los frailes que murieron haciendo el bien, y el de los que vivieron haciendo el mal, es la base de toda la enseñanza popular; ¿qué otra cosa será el pueblo que una fuerza ignorante y bruta a la disposición de todo el que quiera seducir y explotarlo?

¿Quien pacificará al fin a esas tribus que pacifican y desvastan las fronteras, sino son esos misioneros tan admirados por los mejores historiadores, tan deprimidos por nosotros?

Necesitamos, pues de la religión para la libertad, para el orden social, para nutrir con el pan de la verdad el alma del ciudadano argentino. Necesitamos por lo mismo de sacerdotes morales para propagar el Evangelio. ¿En qué país libre no hallaríamos seminarios para formar nuestras lecciones? Cuando se quiera que esta nación tenga un buen clero nacional, no será nuestro voto el que falte en el congreso para dar sanción a un proyecto semejante; no seremos nosotros los que prefiramos gastar los caudales públicos en pólvora ni en escuadras, ni en cañones de grueso calibre, que servirán un día para hacer salvar a los tiranos victoriosos, sino enfrenamos la corriente desbordada de la revolución en nuestro suelo.

Puesto que algo dijimos antes de las proclamas de Garibaldi, terminemos este largo artículo recordando las palabras de un grande hombre de bien, cuyas virtudes eran de mejor ley que las de aquel raro personaje; de un gran ciudadano cuyo nombre repetirán los siglos, y aun que proteste, no fué en su tierra enemigo de los frailes.

Lincoln recomendaba en una proclama, al principio de la guerra, a las tropas de la república la estricta observancia del domingo; insistía en la importancia para el hombre y para el animal del reposo hebdomadario prescrito por la ley; ordenaba que la disciplina y los sentimientos de la nación no tuviesen que sufrir por la profanación del día consagrado al Señor; que la causa que el ejército defendía no se ponga jamás en peligro por la impiedad, y concluía en fin repitiendo las palabras de Jorge Washington.

El general espera y está convencido que todo oficial y todo hombre continuará viviendo y comportándose como un soldado cristiano en la defensa de los derechos y de los privilegios mas caros de la patria.

Al defender los derechos de los frailes, creemos haber defendido como soldado cristiano la causa de la libertad, puesta en peligro por la impiedad, y los derechos y privilegios mas caros de la patria.

El gauchol si, esa víctima infeliz de nuestras convulsiones incesantes; el gauchol arrancado del hogar para atormentarlo en las fronteras, donde no se le ve, ni se le paga; que muere en los campos de batalla, sin que nosotros los hombres ilustrados, que tanto brindamos en honor de los aristócratas de la gloria, pongamos una humilde cruz, siquiera, sobre la tumba que encierra sus cenizas; como decía el día de un aniversario americano, mi amigo el Sr. Lawson, en bellos términos, que siento no hayan sido recordados por la mano de un taquígrafo.

¿Sabéis porque defendemos los derechos de los frailes, prescindiendo de nuestras creencias personales? Por patriotismo; porque la celda protege al rancho.

Vosotros tenéis los diarios y los libros, vuestros versos y la prosa de esas novelas calumniosas que os delectan, tituladas: *El Cantinero feliz*, *El Judío errante* y *El Mulatto*; tenéis los clubs y los teatros, puesto que los tiempos no convienen; pero al gauchol, al pobre hijo del pueblo, que se sienta en una cabeza de vaca y duerme sobre un cuero, después de un día de fatigas corporales; cuando se le deja al lado de su mujer y de sus hijos, y no se le aparta de ellos, para hacerlo derramar su sangre en ese abismo insaciable, que tanta sangre argentina ha comulgado; al gauchol, repetimos ¿qué le queda cuando lo habeis despojado de la fe?

Dejadle la esperanza por lo menos; dejadle la esperanza de una vida mejor, de un cielo donde se consuela a los que lloran en la tierra, y se hace justicia a los que arrastraron una existencia de padecimientos y torturas. Y como esa fe y esas esperanzas no se las darian ni Renan, ni Vigilié; dejad que penetre el fraile con la cruz y el eucaristía en el rancho de los gauchos.

Si el sacerdote no se interpone entre el caudillo y el gauchol, de cuyo brazo necesita para perturbar el orden y derrocar la autoridad; ¿cómo lograríamos pacificar este país tan desgraciado? Si no ilustramos la conciencia del pueblo, enseñándole algo mas que a leer y a cantar si la moral cristiana no es la base de toda la enseñanza popular; ¿qué otra cosa será el pueblo que una fuerza ignorante y bruta a la disposición de todo el que quiera seducir y explotarlo?

¿Quien pacificará al fin a esas tribus que pacifican y desvastan las fronteras, sino son esos misioneros tan admirados por los mejores historiadores, tan deprimidos por nosotros?

Necesitamos, pues de la religión para la libertad, para el orden social, para nutrir con el pan de la verdad el alma del ciudadano argentino. Necesitamos por lo mismo de sacerdotes morales para propagar el Evangelio. ¿En qué país libre no hallaríamos seminarios para formar nuestras lecciones? Cuando se quiera que esta nación tenga un buen clero nacional, no será nuestro voto el que falte en el congreso para dar sanción a un proyecto semejante; no seremos nosotros los que prefiramos gastar los caudales públicos en pólvora ni en escuadras, ni en cañones de grueso calibre, que servirán un día para hacer salvar a los tiranos victoriosos, sino enfrenamos la corriente desbordada de la revolución en nuestro suelo.

Puesto que algo dijimos antes de las proclamas de Garibaldi, terminemos este largo artículo recordando las palabras de un grande hombre de bien, cuyas virtudes eran de mejor ley que las de aquel raro personaje; de un gran ciudadano cuyo nombre repetirán los siglos, y aun que proteste, no fué en su tierra enemigo de los frailes.

Lincoln recomendaba en una proclama, al principio de la guerra, a las tropas de la república la estricta observancia del domingo; insistía en la importancia para el hombre y para el animal del reposo hebdomadario prescrito por la ley; ordenaba que la disciplina y los sentimientos de la nación no tuviesen que sufrir por la profanación del día consagrado al Señor; que la causa que el ejército defendía no se ponga jamás en peligro por la impiedad, y concluía en fin repitiendo las palabras de Jorge Washington.

El general espera y está convencido que todo oficial y todo hombre continuará viviendo y comportándose como un soldado cristiano en la defensa de los derechos y de los privilegios mas caros de la patria.

Al defender los derechos de los frailes, creemos haber defendido como soldado cristiano la causa de la libertad, puesta en peligro por la impiedad, y los derechos y privilegios mas caros de la patria.

El gauchol si, esa víctima infeliz de nuestras convulsiones incesantes; el gauchol arrancado del hogar para atormentarlo en las fronteras, donde no se le ve, ni se le paga; que muere en los campos de batalla, sin que nosotros los hombres ilustrados, que tanto brindamos en honor de los aristócratas de la gloria, pongamos una humilde cruz, siquiera, sobre la tumba que encierra sus cenizas; como decía el día de un aniversario americano, mi amigo el Sr. Lawson, en bellos términos, que siento no hayan sido recordados por la mano de un taquígrafo.

¿Sabéis porque defendemos los derechos de los frailes, prescindiendo de nuestras creencias personales? Por patriotismo; porque la celda protege al rancho.

Vosotros tenéis los diarios y los libros, vuestros versos y la prosa de esas novelas calumniosas que os delectan, tituladas: *El Cantinero feliz*, *El Judío errante* y *El Mulatto*; tenéis los clubs y los teatros, puesto que los tiempos no convienen; pero al gauchol, al pobre hijo del pueblo, que se sienta en una cabeza de vaca y duerme sobre un cuero, después de un día de fatigas corporales; cuando se le deja al lado de su mujer y de sus hijos, y no se le aparta de ellos, para hacerlo derramar su sangre en ese abismo insaciable, que tanta sangre argentina ha comulgado; al gauchol, repetimos ¿qué le queda cuando lo habeis despojado de la fe?

Dejadle la esperanza por lo menos; dejadle la esperanza de una vida mejor, de un cielo donde se consuela a los que lloran en la tierra, y se hace justicia a los que arrastraron una existencia de padecimientos y torturas. Y como esa fe y esas esperanzas no se las darian ni Renan, ni Vigilié; dejad que penetre el fraile con la cruz y el eucaristía en el rancho de los gauchos.

Si el sacerdote no se interpone entre el caudillo y el gauchol, de cuyo brazo necesita para perturbar el orden y derrocar la autoridad; ¿cómo lograríamos pacificar este país tan desgraciado? Si no ilustramos la conciencia del pueblo, enseñándole algo mas que a leer y a cantar si la moral cristiana no es la base de toda la enseñanza popular; ¿qué otra cosa será el pueblo que una fuerza ignorante y bruta a la disposición de todo el que quiera seducir y explotarlo?

¿Quien pacificará al fin a esas tribus que pacifican y desvastan las fronteras, sino son esos misioneros tan admirados por los mejores historiadores, tan deprimidos por nosotros?

Necesitamos, pues de la religión para la libertad, para el orden social, para nutrir con el pan de la verdad el alma del ciudadano argentino. Necesitamos por lo mismo de sacerdotes morales para propagar el Evangelio. ¿En qué país libre no hallaríamos seminarios para formar nuestras lecciones? Cuando se quiera que esta nación tenga un buen clero nacional, no será nuestro voto el que falte en el congreso para dar sanción a un proyecto semejante; no seremos nosotros los que prefiramos gastar los caudales públicos en pólvora ni en escuadras, ni en cañones de grueso calibre, que servirán un día para hacer salvar a los tiranos victoriosos, sino enfrenamos la corriente desbordada de la revolución en nuestro suelo.

Puesto que algo dijimos antes de las proclamas de Garibaldi, terminemos este largo artículo recordando las palabras de un grande hombre de bien, cuyas virtudes eran de mejor ley que las de aquel raro personaje; de un gran ciudadano cuyo nombre repetirán los siglos, y aun que proteste, no fué en su tierra enemigo de los frailes.

Lincoln recomendaba en una proclama, al principio de la guerra, a las tropas de la república la estricta observancia del domingo; insistía en la importancia para el hombre y para el animal del reposo hebdomadario prescrito por la ley; ordenaba que la disciplina y los sentimientos de la nación no tuviesen que sufrir por la profanación del día consagrado al Señor; que la causa que el ejército defendía no se ponga jamás en peligro por la impiedad, y concluía en fin repitiendo las palabras de Jorge Washington.

El general espera y está convencido que todo oficial y todo hombre continuará viviendo y comportándose como un soldado cristiano en la defensa de los derechos y de los privilegios mas caros de la patria.

Al defender los derechos de los frailes, creemos haber defendido como soldado cristiano la causa de la libertad, puesta en peligro por la impiedad, y los derechos y privilegios mas caros de la patria.

El gauchol si, esa víctima infeliz de nuestras convulsiones incesantes; el gauchol arrancado del hogar para atormentarlo en las fronteras, donde no se le ve, ni se le paga; que muere en los campos de batalla, sin que nosotros los hombres ilustrados, que tanto brindamos en honor de los aristócratas de la gloria, pongamos una humilde cruz, siquiera, sobre la tumba que encierra sus cenizas; como decía el día de un aniversario americano, mi amigo el Sr. Lawson, en bellos términos, que siento no hayan sido recordados por la mano de un taquígrafo.

¿Sabéis porque defendemos los derechos de los frailes, prescindiendo de nuestras creencias personales? Por patriotismo; porque la celda protege al rancho.

Vosotros tenéis los diarios y los libros, vuestros versos y la prosa de esas novelas calumniosas que os delectan, tituladas: *El Cantinero feliz*, *El Judío errante* y *El Mulatto*; tenéis los clubs y los teatros, puesto que los tiempos no convienen; pero al gauchol, al pobre hijo del pueblo, que se sienta en una cabeza de vaca y duerme sobre un cuero, después de un día de fatigas corporales; cuando se le deja al lado de su mujer y de sus hijos, y no se le aparta de ellos, para hacerlo derramar su sangre en ese abismo insaciable, que tanta sangre argentina ha comulgado; al gauchol, repetimos ¿qué le queda cuando lo habeis despojado de la fe?

Dejadle la esperanza por lo menos; dejadle la esperanza de una vida mejor, de un cielo donde se consuela a los que lloran en la tierra, y se hace justicia a los que arrastraron una existencia de padecimientos y torturas. Y como esa fe y esas esperanzas no se las darian ni Renan, ni Vigilié; dejad que penetre el fraile con la cruz y el eucaristía en el rancho de los gauchos.

Si el sacerdote no se interpone entre el caudillo y el gauchol, de cuyo brazo necesita para perturbar el orden y derrocar la autoridad; ¿cómo lograríamos pacificar este país tan desgraciado? Si no ilustramos la conciencia del pueblo, enseñándole algo mas que a leer y a cantar si la moral cristiana no es la base de toda la enseñanza popular; ¿qué otra cosa será el pueblo que una fuerza ignorante y bruta a la disposición de todo el que quiera seducir y explotarlo?

¿Quien pacificará al fin a esas tribus que pacifican y desvastan las fronteras, sino son esos misioneros tan admirados por los mejores historiadores, tan deprimidos por nosotros?

Necesitamos, pues de la religión para la libertad, para el orden social, para nutrir con el pan de la verdad el alma del ciudadano argentino. Necesitamos por lo mismo de sacerdotes morales para propagar el Evangelio. ¿En qué país libre no hallaríamos seminarios para formar nuestras lecciones? Cuando se quiera que esta nación tenga un buen clero nacional, no será nuestro voto el que falte en el congreso para dar sanción a un proyecto semejante; no seremos nosotros los que prefiramos gastar los caudales públicos en pólvora ni en escuadras, ni en cañones de grueso calibre, que servirán un día para hacer salvar a los tiranos victoriosos, sino enfrenamos la corriente desbordada de la revolución en nuestro suelo.

Puesto que algo dijimos antes de las proclamas de Garibaldi, terminemos este largo artículo recordando las palabras de un grande hombre de bien, cuyas virtudes eran de mejor ley que las de aquel raro personaje; de un gran ciudadano cuyo nombre repetirán los siglos, y aun que proteste, no fué en su tierra enemigo de los frailes.

Lincoln recomendaba en una proclama, al principio de la guerra, a las tropas de la república la estricta observancia del domingo; insistía en la importancia para el hombre y para el animal del reposo hebdomadario prescrito por la ley; ordenaba que la disciplina y los sentimientos de la nación no tuviesen que sufrir por la profanación del día consagrado al Señor; que la causa que el ejército defendía no se ponga jamás en peligro por la impiedad, y concluía en fin repitiendo las palabras de Jorge Washington.

El general espera y está convencido que todo oficial y todo hombre continuará viviendo y comportándose como un soldado cristiano en la defensa de los derechos y de los privilegios mas caros de la patria.

Al defender los derechos de los frailes, creemos haber defendido como soldado cristiano la causa de la libertad, puesta en peligro por la impiedad, y los derechos y privilegios mas caros de la patria.

El gauchol si, esa víctima infeliz de nuestras convulsiones incesantes; el gauchol arrancado del hogar para atormentarlo en las fronteras, donde no se le ve, ni se le paga; que muere en los campos de batalla, sin que nosotros los hombres ilustrados, que tanto brindamos en honor de los aristócratas de la gloria, pongamos una humilde cruz, siquiera, sobre la tumba que encierra sus cenizas; como decía el día de un aniversario americano, mi amigo el Sr. Lawson, en bellos términos, que siento no hayan sido recordados por la mano de un taquígrafo.

¿Sabéis porque defendemos los derechos de los frailes, prescindiendo de nuestras creencias personales? Por patriotismo; porque la celda protege al rancho.

Vosotros tenéis los diarios y los libros, vuestros versos y la prosa de esas novelas calumniosas que os delectan, tituladas: *El Cantinero feliz*, *El Judío errante* y *El Mulatto*; tenéis los clubs y los teatros, puesto que los tiempos no convienen; pero al gauchol, al pobre hijo del pueblo, que se sienta en una cabeza de vaca y duerme sobre un cuero, después de un día de fatigas corporales; cuando se le deja al lado de su mujer y de sus hijos, y no se le aparta de ellos, para hacerlo derramar su sangre en ese abismo insaciable, que tanta sangre argentina ha comulgado; al gauchol, repetimos ¿qué le queda cuando lo habeis despojado de la fe?

Dejadle la esperanza por lo menos; dejadle la esperanza de una vida mejor, de un cielo donde se consuela a los que lloran en la tierra, y se hace justicia a los que arrastraron una existencia de padecimientos y torturas. Y como esa fe y esas esperanzas no se las darian ni Renan, ni Vigilié; dejad que penetre el fraile con la cruz y el eucaristía en el rancho de los gauchos.

Si el sacerdote no se interpone entre el caudillo y el gauchol, de cuyo brazo necesita para perturbar el orden y derrocar la autoridad; ¿cómo lograríamos pacificar este país tan desgraciado? Si no ilustramos la conciencia del pueblo, enseñándole algo mas que a leer y a cantar si la moral cristiana no es la base de toda la enseñanza popular; ¿qué otra cosa será el pueblo que una fuerza ignorante y bruta a la disposición de todo el que quiera seducir y explotarlo?

¿Quien pacificará al fin a esas tribus que pacifican y desvastan las fronteras, sino son esos misioneros tan admirados por los mejores historiadores, tan deprimidos por nosotros?

Necesitamos, pues de la religión para la libertad, para el orden social, para nutrir con el pan de la verdad el alma del ciudadano argentino. Necesitamos por lo mismo de sacerdotes morales para propagar el Evangelio. ¿En qué país libre no hallaríamos seminarios para formar nuestras lecciones? Cuando se quiera que esta nación tenga un buen clero nacional, no será nuestro voto el que falte en el congreso para dar sanción a un proyecto semejante; no seremos nosotros los que prefiramos gastar los caudales públicos en pólvora ni en escuadras, ni en cañones de grueso calibre, que servirán un día para hacer salvar a los tiranos victoriosos, sino enfrenamos la corriente desbordada de la revolución en nuestro suelo.

Puesto que algo dijimos antes de las proclamas de Garibaldi, terminemos este largo artículo recordando las palabras de un grande hombre de bien, cuyas virtudes eran de mejor ley que las de aquel raro personaje; de un gran ciudadano cuyo nombre repetirán los siglos, y aun que proteste, no fué en su tierra enemigo de los frailes.

Lincoln recomendaba en una proclama, al principio de la guerra, a las tropas de la república la estricta observancia del domingo; insistía en la importancia para el hombre y para el animal del reposo hebdomadario prescrito por la ley; ordenaba que la disciplina y los sentimientos de la nación no tuviesen que sufrir por la profanación del día consagrado al Señor; que la causa que el ejército defendía no se ponga jamás en peligro por la impiedad, y concluía en fin repitiendo las palabras de Jorge Washington.

El general espera y está convencido que todo oficial y todo hombre continuará viviendo y comportándose como un soldado cristiano en la defensa de los derechos y de los privilegios mas caros de la patria.

Al defender los derechos de los frailes, creemos haber defendido como soldado cristiano la causa de la libertad, puesta en peligro por la impiedad, y los derechos y privilegios mas caros de la patria.

El gauchol si, esa víctima infeliz de nuestras convulsiones incesantes; el gauchol arrancado del hogar para atormentarlo en las fronteras, donde no se le ve, ni se le paga; que muere en los campos de batalla, sin que nosotros los hombres ilustrados, que tanto brindamos en honor de los aristócratas de la gloria, pongamos una humilde cruz, siquiera, sobre la tumba que encierra sus cenizas; como decía el día de un aniversario americano, mi amigo el Sr. Lawson, en bellos términos, que siento no hayan sido recordados por la mano de un taquígrafo.

¿Sabéis porque defendemos los derechos de los frailes, prescindiendo de nuestras creencias personales? Por patriotismo; porque la celda protege al rancho.

Vosotros tenéis los diarios y los libros, vuestros versos y la prosa de esas novelas calumniosas que os delectan, tituladas: *El Cantinero feliz*, *El Judío errante* y *El Mulatto*; tenéis los clubs y los teatros, puesto que los tiempos no convienen; pero al gauchol, al pobre hijo del pueblo, que se sienta en una cabeza de vaca y duerme sobre un cuero, después de un día de fatigas corporales; cuando se le deja al lado de su mujer y de sus hijos, y no se le aparta de ellos, para hacerlo derramar su sangre en ese abismo insaciable, que tanta sangre argentina ha comulgado; al gauchol, repetimos ¿qué le queda cuando lo habeis despojado de la fe?

Dejadle la esperanza por lo menos; dejadle la esperanza de una vida mejor, de un cielo donde se consuela a los que lloran en la tierra, y se hace justicia a los que arrastraron una existencia de padecimientos y torturas. Y como esa fe y esas esperanzas no se las darian ni Renan, ni Vigilié; dejad que penetre el fraile con la cruz y el eucaristía en el rancho de los gauchos.

Si el sacerdote no se interpone entre el caudillo y el gauchol, de cuyo brazo necesita para perturbar el orden y derrocar la autoridad; ¿cómo lograríamos pacificar este país tan desgraciado? Si no ilustramos la conciencia del pueblo, enseñándole algo mas que a leer y a cantar si la moral cristiana no es la base de toda la enseñanza popular; ¿qué otra cosa será el pueblo que una fuerza ignorante y bruta a la disposición de todo el que quiera seducir y explotarlo?

¿Quien pacificará al fin a esas tribus que pacifican y desvastan las fronteras, sino son esos misioneros tan admirados por los mejores historiadores, tan deprimidos por nosotros?

Necesitamos, pues de la religión para la libertad, para el orden social, para nutrir con el pan de la verdad el alma del ciudadano argentino. Necesitamos por lo mismo de sacerdotes morales para propagar el Evangelio. ¿En qué país libre no hallaríamos seminarios para formar nuestras lecciones? Cuando se quiera que esta nación tenga un buen clero nacional, no será nuestro voto el que falte en el congreso para dar sanción a un proyecto semejante; no seremos nosotros los que prefiramos gastar los caudales públicos en pólvora ni en escuadras, ni en cañones de grueso calibre, que servirán un día para hacer salvar a los tiranos victoriosos, sino enfrenamos la corriente desbordada de la revolución en nuestro suelo.

Puesto que algo dijimos antes de las proclamas de Garibaldi, terminemos este largo artículo recordando las palabras de un grande hombre de bien, cuyas virtudes eran de mejor ley que las de aquel raro personaje; de un gran ciudadano cuyo nombre repetirán los siglos, y aun que proteste, no fué en su tierra enemigo de los frailes.

Lincoln recomendaba en una proclama, al principio de la guerra, a las tropas de la república la estricta observancia del domingo; insistía en la importancia para el hombre y para el animal del reposo hebdomadario prescrito por la ley; ordenaba que la disciplina y los sentimientos de la nación no tuviesen que sufrir por la profanación del día consagrado al Señor; que la causa que el ejército defendía no se ponga jamás en peligro por la impiedad, y concluía en fin repitiendo las palabras de Jorge Washington.

El general espera y está convencido que todo oficial y todo hombre continuará viviendo y comportándose como un soldado cristiano en la defensa de los derechos y de los privilegios mas caros de la patria.

Guerra y guerra! Por un poco de tiempo y después de los terribles golpes dados a las montañas en la República Argentina, se abrigó la esperanza de que hubiera concluido ya esa guerra devastadora y sangrienta que las desola.

Apesar de esto, no tardó mucho tiempo, sin que nuevos motines y nuevas sublevaciones vinieran a contristar el alma de los que anhelan la paz con la paz el progreso de los pueblos.

Volvio pues como decimos a asomar la revuelta su ensangrentada faz y volvió otra vez a correr la sangre de hermanos a torrentes.

Hasta la fecha eran solo dos las provincias revolucionarias, pero hoy por noticias recientes, nos hemos impuesto con harta pena, que otra Provincia, la de Tucumán, ha seguido el mismo camino, derrocando a las autoridades constituidas, y declarándose en abierta rebelión.

Esta nueva nos ha inducido a creer que el encono de las pasiones, no se ha extinguido aun del seno de las mas recientemente sometidas, y hoy volverá otra vez a avivarse la zaña, y la guerra civil, la peor de todas, se desencadenará con doble impetu.

Ajenos como hemos dicho antes a las cuestiones que se agitan a nuestro alrededor, nos sugiere al escribir estas líneas el luctuoso cuadro que se está dando a su vista, y la sangre que por doquiera se espasme.

Cuando será el día que la paz vuelva a renacer por estas comarcas.



